

NOTAS SOBRE PSICOLOGIA VASCA

Por JUAN THALAMAS LABANDIBAR

Al redactar las presentes notas breves sobre psicología vasca, nos corresponde decir, ante todo, que para nada entra en nuestras consideraciones lo que se ha venido a entender por «psicología social», y es por la razón de que tenemos muy poca fe en ella. Si entre los vástagos de una misma familia se dan temperamentos, caracteres, formas de pensar y actuar tan dispares, ¿cómo se va a pretender encajar en unas cuantas categorías generales, forzosamente superficiales e inconsistentes, a pueblos enteros, donde el malvado se codea con el idealista, sin la menor posibilidad de diálogo, y el ignorante, con su estulticia siempre atrevida, sólo puede escandalizarse ante la prudencia de quien, sabiendo pesar sus juicios, no está dispuesto a entregar su alma a ninguna bandería?

Si la manera de ser del hombre se redujese a ciertos rasgos muy superficiales, propios de una manada de seres irracionales, se podrían emitir juicios generales con algún fundamento. Pero si en todas partes es posible hallar personas ecuanímes y condescendientes, también, por desgracia, junto a ellas surgen quienes tienen a gala ensañarse, por el único placer de dañar al prójimo. Es posible que los de esta última catadura sean menos numerosos que los otros, pero nadie duda que los efectos de la «vieja saña alzada» resultan siempre dañinos y, en ciertas circunstancias, pueden propagarse como la peste.

Tampoco tiene nada que ver nuestro ensayo con «la psicología de las profundidades», esa ciencia del subconsciente, valiéndose de la cual hay quienes pretenden explorar y explotar las intimidades ajenas. No es necesario haber compulsado muchas revistas de psicología para percatarse de que, entre los psicólogos, hay opiniones muy dispares sobre la valía de las teorías de Freud y sus continuadores, y que los que poseen una auténtica conciencia profesional no disimulan sus escrúpulos y reparos antes de dedicarse a «desnudar el alma» de sus pacientes. Dice Marañón que el buen trato, amable y condescendiente, que un enfermo recibe de su médico, es un factor terapéutico de primer orden, ya

que despierta la fe y las buenas disposiciones del consultante, estableciéndose entonces una comunicación positiva de persona a persona, en la cual dista mucho de hallarse ausente cierta esencia espiritual, fuente de salud para el alma y no pocas veces también para el cuerpo.

Así pues, nos corresponde indicar que nuestras páginas se reducen a una mera exploración de lo que significan, en el orden psíquico, ciertas palabras y expresiones que utilizamos corrientemente en euskera y también en castellano, el romance de los vascos, sin el cual ciertos puntos de vista no podrían ser esclarecidos. Diremos que nuestro ensayo no pasa de ser un divertimento mental, sin el menor atisbo de afirmaciones contundentes, cosa que ni nuestra edad ni nuestras limitaciones nos lo pueden permitir.

Buru-kasko

En todo tiempo y lugar la cabeza del ser humano ha sido considerada como la porción más preciada de nuestro organismo, la sede de nuestras facultades superiores. En los europeos de hace dos mil años esa estimación se cifraba en la creencia de que en el cráneo radica nuestro principio vital; de ahí que toda lucha cruenta fuese ante todo una cosecha de cabezas que luego, como talismanes de gran valor, se colgaban de las riendas de los caballos o se clavaban en los maderos de las casas.

Es interesante percatarse de la existencia de dos vocablos en euskera para significar la cabeza: *buru* y *kasko*. Es posible que primordialmente *kasko* convenga al cráneo, pero en el lenguaje hablado se emplea *kasko* en lugar de *buru* cada vez que se trata de rebajar algún tanto la categoría de una persona. Así, no es raro designar por *kaskazuri*, *kaskagorra*, *kaskabeltz*, *kaxkarin*, a quienes tienen la cabeza blanca, dura, negra o muy ligera. En castellano también interviene ese vocablo para designar, por ejemplo, el hecho de que una persona sea de «cascos ligeros», «cascarrabias», «casquetoso», «cascarrón», etc. Ciertamente también puede decirse de alguien que es *txori buru*, «cabeza de chorlito», o también *buruaundi*, «cabezota», pero, de una manera general, el término de *buru* vale más para esclarecer la manera de ser de una persona que para menospreciarla.

Por extensión, tanto en castellano como en francés, por *casco* y *casque* se entiende lo que cubre la cabeza, de un modo especial la antigua armadura que protegía el cráneo. En castellano *casco* puede significar también el centro de un poblado, por ejemplo el Casco Viejo de

San Sebastián, la parte más *koxkera* de la ciudad, en otros tiempos... En cambio, en euskera se emplea *kaxko* para dar a entender un altozano que no tiene precisamente relación directa con un centro urbano: *kaxko ortan bizi gera*, equivale a señalar una porción elevada de terreno, un cabezo, donde uno habita. A su vez, *koxka*, simple metátesis de *kaxko*, sirve para denunciar un saliente, una esquina —*ixkiña*—, donde es fácil tropezar y darse un coscorrón...

En la toponimia el término de *buru* sirve para marcar un límite, una extremidad en sentido vertical u horizontal. Si por *Mendiburu* se entiende la cumbre de un monte, *Landaburu* es el límite de una heredad y *Zubiburu* designa la cabeza de un puente. En euskera el cerebro lleva el nombre de *muño* que también en la toponimia equivale a altura, eminencia, a veces fortificada. No sabemos si el vocablo castellano de *moño*, aplicado al peinado de la mujer, pudo tener su origen en ese término euskérico. Diremos que el mote de *ttonttor* —*Mari ttonttor*— se aplica a veces a ciertas personas del sexo femenino que, siendo poca cosa, se engallan más de lo debido en su manera de presentarse en público. Sobra decir que en la toponimia *ttonttor* se aplica a una altura bastante pronunciada, sin alcanzar la categoría de *zorrotz*: *mendizorrotz*, «monte agudo».

Kopeta - Bizar

No sabemos si el nombre de la frente en euskera, *kopeta*, tiene su origen en el *caput* latino que conviene a la cabeza. En todo caso, esa voz posee un alcance psicológico propio en la expresión: *Ze kopeta!*, lo cual se dice de una persona atrevida, sin miramientos, equivalente al *Quel toupet!* francés. También en castellano *tupé* a secas expresa desfachatez, descaro. Pero conviene más fijarse en las expresiones: *tener mucho copete*, para una persona presuntuosa, o ser de *alto copete* para significar el linaje distinguido a que alguien pertenece. Esa misma voz de *copete* conviene, por extensión, al cabello levantado sobre la frente; de ahí su aplicación al moño de plumas de algunas aves: el *copete* del pavo real.

En castellano es corriente la expresión vulgar de «cara dura» o «carota» para dar a entender la carencia de escrúpulos sociales. En vascuence no se recurre a *arpegi* o *begitarte* para significar esa idea, sino a *kopeta*. Lo mismo ocurre cuando se trata de resaltar que una persona está malhumorada o simplemente preocupada: *kopeta illun*, literalmente «frente oscura». Las voces de *arpegi* y *begitarte* que sirven para expresar el semblante humano, parecen convenir al entrecejo, pues se

hallan centradas en *begi*, «ojo». De hecho la fisonomía de una persona depende en buena parte de la disposición de las cejas: si son muy espesas y demasiado cerca una de otra, resulta inevitable pensar en ciertos personajes poco recomendables, popularizados por el cine, la televisión y también ciertas agencias de viajes...

La barba también ha tenido un alcance psicológico, ya que si es rojiza o demasiado negra (cerrada) no puede inspirar confianza: *gizon bizar gorri, bide orri; gizon bizar beltz, atea hori ertz*. Esa voz euskérica, en castellano *bizarro*, conviene al hombre de pelo en pecho, mientras que por *bizarre*, en francés, se entiende al que es estrafalario y no resulta fácil entenderse con él.

La voz *bekoki* en algunas zonas se emplea para la frente, mientras que en otras para la cara. Es posible que ese término se halle también centrado en *begi*, al igual que *begitarte*. En francés *visage* equivale escuetamente a semblante: *un beau visage*, mientras que en castellano «hacer visages» significa hacer gestos o muecas poco interesantes.

La mejilla se expresa en euskera por *masail*, del latino *maxila*, y también por *matrail*. Por *masail ondoko* o *belarri ondoko* se entiende una torta, un tortazo, en francés una *gifle*. Ya *ukaldi* significa un golpe: *ukimikaldi*. un «puñetazo», y *makil-ukaldi*, golpe dado con un palo. Cuando dos personas se golpean, se dirá *kolpeka*, pero si andan a patadas, cual ocurre demasiadas veces en los campos de deportes, se empleará *ostikoka*. La voz *txutik* significa que hay que estar de pie y no sentado, *yarririk*, siendo ésta la mejor postura para tomar decorosamente el café: *yarririk, urririk eta berorik*, «sentado, de balde y bien caliente» (el líquido). Allá donde se emplea el término de *matrail*, el tortazo se expresa por *matelako*, y también por *zafla* y *zartako*. La agresividad puede ir más lejos, y es cuando uno le dice a otro: *zanpatuko zaitut*. En castellano, el verbo *zampar* significa meter muy de prisa una cosa en otra: *zampar un pan en el zurrón*, cosa que no deja de hacer el zampatortas con sus bocados excesivos, propios de un verdadero glotón.

Oarkiñak

Es de un uso muy general emplear *zentzunak* para expresar nuestros sentidos. Pero en el diccionario francés-vasco de A. Tournier - P. Lafitte aparece *oarkiñak* con esa significación. Teniendo presente que por *oartu* se entiende «caer en la cuenta de algo», es decir, percibir algo

que captan nuestros sentidos, creemos que la utilización del vocablo *oarkiñak* no deja de ser acertada.

Es evidente que las cualidades sensibles vienen a ser el acto común del objeto sensible y del sujeto que lo percibe. Debido a ello, hablar de objetivismo o de subjetivismo a secas respecto a nuestras sensaciones, equivale a querer prescindir intencionadamente de uno de los factores que intervienen en ellas. A ese respecto, entre los filósofos los ha habido para todos los gustos, desde Demócrito y Empédocles, partidarios de un atomismo radical, hasta Hume y Kant, defensores de un subjetivismo a ultranza.

Según Aristóteles, en la percepción los sentidos captan los objetos, dejando luego de lado el soporte material que les pertenece, lo mismo que «la cera recibe la marca de una sortija sin que en ella aparezca el hierro o el oro de que se compone».

Los dos sentidos que mayor eficacia ofrecen en la adquisición de nuestras representaciones mentales son la vista y el tacto, y no deja de tener interés el hecho de que en euskera esos dos sentidos se centran en la raíz *iku*: *ikutu*, «tocar», *ikusi*, «ver». Por otra parte, el ojo en euskera destaca palmariamente el hecho de que se trata del órgano de la luz: *egi*, «luz», *begi*, «ojo». El verbo *begiratu*, o mejor todavía, simplemente *begira*, viene a significar pasear la vista por la luz, cual es el mero hecho de mirar, mientras que *ikusi* es ya ver, fijarse en algo muy concreto. El hecho de mirar y luego ver, son operaciones que desembocan en *ikasi*, «aprender». Ya aquí *iku* se convierte en *ika*: *zer ikusi*, *ori ikasi*, «lo que se ve, se aprende».

Si la mano recibe el nombre de *esku*, en lo que a los dedos se refiere nos encontramos con una doble terminología: *biatz* y *eri*. Este último término parece ser el más genuino, si nos atenemos a lo que revela el nombre que conviene al anillo, *eraztuna*, enraizado en *eri*: *Dienean eraztuna ipiñi xirkandea*, «cuando te dieran el anillo, pon el dedillo». Además, se da el caso de que *biatz* parece indicar algo plural, mejor dicho, dual: *bi atz*, y ello no va en contra de lo que revela el vocablo *atzaparra* que conviene a la mano en cuanto que sustenta a todos los dedos y parece corresponder a lo que en castellano se entiende por *zarpa*, aunque este último término se aplique a la garra de ciertos animales, como el león. En todo caso, *atzaparra*, *atzamarra*, se halla compuesto de *atza* y *arra*, y vemos que *atzeman* tiene la misma significación que *arrapatu*, es decir, atrapar, agarrar, dándose además el caso de que por *arra* se entiende la mano bien abierta para valernos de la medición que va del extremo del pulgar al del meñique. Si el verbo

artu revela la acción de tomar algo con la mano sin sobrado esfuerzo, *ikutu* es simplemente tocar, mientras que *euki* expresa la idea de sostener una cosa de manera que no se desprenda de la mano.

* * *

Pocas veces se habrá recurrido al órgano de la vista en cuanto que vale para recibir luz y más luz de las cosas y del Creador de todas ellas, como lo hace Orixe en el primero de los poemas que integran su obra *Barne-Muñetan*. Lleva por título *Yainkoaren Begiera* y ya desde el primer momento considera a Dios como el Ojo que domina el espacio en todas sus dimensiones y gracias al cual vemos nosotros nuestra propia naturaleza en lo que vale:

*Aitzin-gibel, esker-eskuin,
gain ta barne
neurtzen ari nauzun Begi,
zure dirdaiz, argi berriz
soil dekusat
uts —ez, ogen— naizela ni.*

Todas las cosas se hallan cuajadas de miradas que nos juzgan, como testigos que son de otra Mirada de bondad que nos ayuda a comprender lo que somos en realidad:

*Zeru, lur, egurats, gizon
nigana tut
epaile-sur, oro begi.
Ez luze, ez zabal, ez sakon,
baino or zaitut
guzi oien irozgarri.
Begi oiek begi otan
zizta naute.
Negar balerit saminki!
Begirakaldu samur batez
nor naizenik
adiraz dautazu garbi.*

Gracias a esa mirada que nos penetra, podemos convertir el alma en algo tan limpio como la nieve: *Elur zuri biur nazu: / oil itzazu / ogen beltzak enegandik*. En definitiva, se trata de una mirada de amor, fuente de consuelo y de paz, coincidiendo en una sola luz, que es plenitud:

*Ez ater, begiratzetik;
eman, aldiz,
indar ene begieri.
Begiz begi
gauden bi ôk;
naukazu maitatzen beti.
Atsedean zak ontan, gogo;
isil, beha,
ta Jaunagan ago tinki (1).*

* * *

Los otros tres sentidos, el oído, el olfato y el gusto, nos orientan dirigiendo nuestra atención hacia objetos que nos permiten descubrir no sólo su utilidad práctica, sino también algunas satisfacciones. Sobra decir que la penetración visual del hombre de mar tiene su equivalencia en la finura del oído del pastor o del campesino, capaz de captar a larga distancia los ruidos y sonidos en sus más variados matices. Por otra parte, es evidente que existe la memoria auditiva, al igual que la memoria visual, en seres dotados, de un modo innato, sea para el arte de los sonidos, sea para el de las formas y los colores.

Si queremos percatarnos de los múltiples términos con que el euskera expresa los sonidos que se perciben en plena naturaleza, basta escuchar la voz de *Joanes Artzaia*, uno de los protagonistas de *Garoa*, cuando en las campos del Aloña se dedica a cuidar su rebaño, con sus setenta y dos años bien cumplidos.

Milla aldiz bai entzun zituan, bakartasunaren erdian zegoela, urrutiko trumoiaren orruak, ekaitz aizearen *durundia*, artzaiaeren *deadar* luzea, egurgillaren *aitzkorakada* neurtua basaurdenaren *arnasotsa*, otsoaren *alaraua*, azeriaren *zaunka*, beorren *irrintzia*, mosolloaren *oiua*, basautz bildurtiaren *zalaparta*, abere arranen *dulun-duluna*, ardien *bee* negartia, suge zarraren *txistua*, belien *garraxi* latza, zozoaren *txortxorra*, txori kantari askoren *txiotxo* alaia, errekaen *poll-polla*, zugatz ostroen *pir-pir* biguna, eltxo gogaikarrien *zunburruntxoa*... (2).

(1) Orixe, *Barne-Muinetan* (*Yainkoaren begiera*, pp. 28-30), Edit. Itxaropena, 1928.

(2) Domingo Aguirre, *Garoa*, p. 6. No sólo Joanes sabía enumerar los sonidos, sino que era capaz de discernir de dónde venían y cuál era su secreto más escondido: *Berealaxe antzematen zion Joanes'ek nundik zetorren soñua ta esan ere esango zukean garbiri ta zuzen asko zera ta non zegoan soñu bakozenen jatorri ezkutua.*

Es evidente que la mayor parte de los sonidos enumerados resultan onomatopeyas que encajan perfectamente en las percepciones de quien se pasó la vida en las estribaciones del aitzgorri. Por otra parte, conviene señalar que cuando el celebrado autor de *Garoa* deja de enumerar los ruidos, sonidos y ecos del ambiente rural y se refiere al sonido en sí, de una manera muy genérica, recurre exclusivamente a *soñu*, derivado del *sonus* latino. De hecho, ese término se halla muy enraizado en el lenguaje popular, no sólo para expresar el sonido o las melodías que ejecuta cualquier instrumento, sino también al referirse al mismo instrumento. Los términos de *ots*, con sus derivados de *abots*, *erots*, *arrabots*, así como *antz*, *azantz*, parecen expresar el sonido o el ruido, lo mismo en las zonas atmosféricas donde se hace oír el retumbar del trueno —*Ostots*, *Ostantz*— que en la superficie terráquea, en que se desenvuelve nuestra vida de cada día. Los gritos y algaradas de los días festivos se expresan por *oiu* y *santzoak*, los cuales no faltan los días de bodas: *Eztaiotakoen oiu ta santzoak mendi oiartzun guztiak esnatu ta inguruko gizadien biotzak pizkortzen ondo dakite...*

El hecho de oír se expresa por *entzun*, aunque *aditu*, del latino *audire* se halla bastante generalizado. En cuanto a contestar o responder, viene a ser un derivado de *entzun*, cual es *erantzun*. Creemos que este último término debería también corresponder al eco, ya que ese fenómeno acústico equivale a una mera respuesta a la voz emitida. Es cierto que ha prevalecido *oyartzun* en lugar de *erantzun*, pero resulta evidente que el sufijo *zun* de *oyartzun* nada tiene que ver con *soñu*, y *oyara* a todas luces se refiere a una zona forestal, que es donde menos puede darse el eco que tanto ha intrigado a las gentes. Para expresar una simple llamada nos valemos de *dei*, *deia*, y en *deiadar* cabe vislumbrear la llamada efectuada con un instrumento, *adar*, el cuerno. Los «pasiegos» de la provincia de Santander utilizan todavía hoy el cuerno como medio de comunicación.

El sentido del olfato, *usaña*, *usaindu*, «olor», «oler», nos permite percibir algo grato o repulsivo —*gozo* o *garratza*— y por *usnatu* se entiende olfatear. En cuanto al término de *urrin* parece significar un olor no muy grato de percibir. En todo caso, para el perfume de una flor, se dirá *usain gozoa*. El rastro o huella que dejan, lo mismo nuestros pasos que el olor de una o varias personas que han transitado por un lugar determinado, se expresa por *zantzu* - *Jainko zantzu diranex / atsegin didate eni*, dirá Orixe de las cosas creadas. El ser humano se guía por las huellas que vislumbra en el suelo, pero muchos animales, sin excluir el perro, se valen del olfato en condiciones de poder orientarse hacia su domicilio, lo mismo de noche que en medio de la niebla. De

las aves migratorias, y también del burro, se sabe que poseen cierto don meteorológico para percibir anticipadamente los cambios del tiempo. Los pastores vascos que se hallan en el Oeste americano siempre llevan con sus rebaños uno o dos asnos, convencidos de que gracias a ellos podrán evitar las primeras nevadas, bajando a tiempo de los altos pastizales a los terrenos llanos de invierno.

Gracias al sentido del gusto discernimos lo que resulta grato o nocivo en nuestros alimentos. De algo que nos gusta se dice que es *gozo*, en contraposición a *mingatz*, que conviene a lo que es amargo. También se emplea *gaxi* para lo que es salado, siendo el vocablo *gatza* el que conviene a la sal. De niños, cuando circulábamos a nuestras anchas por las praderas de Behobia, distinguíamos una planta con un tallo bastante fuerte y elevado que llevaba unas pocas hojas que denominábamos *gaxi-gaxiak*, porque resultaban comestibles crudas, pero con un cierto sabor amargo nada desagradable.

En castellano, *gozo* significa una disposición íntima, semejante a alegría, lo que en euskera se entiende por *poza*, *alaigarria*. El verbo *poztu* posee la misma significación que *alaitu*, pero es más frecuentemente utilizado en el lenguaje hablado. Por otra parte, *goxo* —*goxo-goxo*— posee un alcance de marcada ternura. Lo mismo cabe decir de *gaxo*, sobre todo cuando va precedido de *giza*: *giza gaxo*, *gizajo* y también *gizaixo*. ¿Cómo olvidar la voz tan amable de nuestras abuelas, al vernos llegar a su casa, exclamando siempre con la misma satisfacción: *Gizaixoak, emen zaitzte!*

Cierto es que este término de *gaxo* en no pocas zonas de Guipúzcoa y Vizcaya sirve para expresar que uno está enfermo: *gure aurra gaxo dugu*, «nuestro niño lo tenemos enfermo». Para comprender esa doble significación de *gaxo* —ternura y enfermedad— hay que tener muy presente que en el sentir del pueblo la enfermedad va siempre acompañada de sentimientos de compasión, máxime en los tiempos en que ciertos enfermos eran expuestos a la vera de los caminos para que los que habían sufrido alguna enfermedad semejante y habían sanado, contribuyeran, con su flujo vital o mágico, a la curación del paciente.

La voz *gaitza* también expresa enfermedad: *gaitza sartu zaigu etxian*, «el mal ha penetrado en nuestra casa», lo mismo entre las personas que entre los animales del establo o del corral. Pero acompañando a un sustantivo de persona puede significar lo contrario, o sea, que uno es sano y fuerte: *mutiko gaitza egin zaitzue*, «vuestro chico se presente robusto». En forma de adverbio, *gaizki* equivale siempre a *txarki*, algo que revela mala índole, física o moral. El sustantivo castellano, muy

vulgar, de «charranada», es evidente que arranca de la raíz *txar* eús-kara. De la ancianidad se dice: *zaartu ta txartu...*, «cuanto más viejo, de peor índole».

La voz más corriente que indica que uno sufre de algo es *miñ*: *buruko miñ*, *agiñako miñ*, «dolor de cabeza» o «de muelas». Pero aquí también hay que señalar que si uno se dirige a un amigo con un *adis-kide miña*, lo hace con sentimientos de íntima afectividad. Para expresar un estado anímico doliente se utiliza *oñaze*, término consagrado en el acervo musical de nuestro pueblo: en la poesía popular *Maitasun oñazea* y en el «Preludio» del Padre Donosti, titulado *Oñazex*, perfectamente armonizado para piano.

La boca se expresa en euskera por *abo*, *abo*, *ago*, según las zonas, y por *aboz-abo* se entiende «de viva voz». Es posible que con estos términos euskéricos tengan algo que ver los castellanos *abogo* y *abito*, el primero con *abo*, *ago*, el segundo con *ito*, ahogarse, lo cual puede efectuarse en el agua, pero también a fuerza de reír, *parrez itto*, reventar de risa... Precisamente para la risa nos encontramos con *irri* y *parra*, que a veces entran en composición: *irriparra egizu*. Es posible que *irri* no sea extraño al *ridere* latino, pero, por otra parte, parece que va incluido en el *irrintzi*, grito clásico de la gente moza en un ambiente festivo. El castellano *relincho* no se aplica solamente a la voz sonora del caballo, sino que expresa también un grito de alegría muy prolongado, semejante a nuestro *irrintzi* y al *ujuju* de ciertas zonas galaicas. Por otra parte, el término de *parra* aparece en *parranda*, con sus *parranderos*, en disposición de dar rienda suelta al jolgorio y a las risotadas con algún exceso.

Para expresar la palabra articulada existen los términos de *itz* y *mintz*, este último, al parecer, enraizado en *mi*, *mibi*, «lengua». Por *itzketa* se entiende una conversación, al igual que por *mintzaera*; pero *itz* parece tener más fuerza expresiva, ya que cuando se quiere hacer resaltar el valor de la palabra dada, se dirá: *bere itza eman du*, con lo cual no cabe ya admitir la menor duda acerca de la validez de lo que se ha prometido.

Para la mudez es corriente emplear *mutu*, derivado del *mutus* latino, pero existe el término poco utilizado de *mintzul* —*mintz aul*— «falta de palabra». Para la sordera se dice *gorra*, «duro» de oídos. La voz castellana *gorrón* se aplica al que sabe aprovecharse de los bienes ajenos, haciéndose el «sordo» a sus compromisos u obligaciones peculiares. La ceguera se expresa por *itxu*, siendo derivación de este término el adjetivo *itxa*, que se aplica a una persona de talante oscuro e

incluso tenebroso. También existe para un caso semejante el adjetivo *iguin*, equivalente al *ugly* inglés, el cual conviene a quien es incapaz de despertar, con su manera de ser, la más elemental confianza.

Por *expain*, *expaiñak* se entiende los labios, los cuales intervienen no sólo para hablar decorosamente, sino también para darse uno a sí mismo sobrada importancia: *expantu aundi* o simplemente *expantu*, personaje divertido que en nada evoca al que produce espanto o temor alguno. De quien le falta un brazo se dice que es *maingu*, del latino *mancus*, pero el adjetivo *motz* es el que conviene para significar que uno carece de un brazo, una pierna, etc.: *beso motz*, *anka motz*. Sin el menor ánimo de ofensa, con un dejo de ternura, se dirá: *gure nexka motxa*, «nuestra chiquitina». Es evidente que el término castellano de mozo tiene su origen en *motz*, al igual que chico o chica en *txiki*.

Idurimen

De no ser por nuestra imaginación, no tendríamos ninguna representación objetiva de las cosas, ya que nuestras sensaciones, desperdigadas, disociadas, carecerían de punto de apoyo para unificarse. Una flor, para nuestra mente, es el lugar de encuentro del color, el aroma, la suavidad y todo cuanto constituye su peculiar encanto, y nada de ello existiría si nuestra facultad imaginativa no interviniera como capacidad unificadora de nuestras sensaciones. Ya aquí nos encontramos con un esbozo de actividad espiritual que luego, en otras esferas superiores, valiéndose siempre del análisis y la síntesis, se encargará de efectuar con las ideas, los juicios y demás operaciones mentales.

Si es cierto que nuestra mente, desde la imaginación, se halla en trance de reacción ante lo que podría ser desorden y caos, también es cierto que nuestras imágenes, con su dejo de emotividad peculiar, vuelven a aparecer como estados anímicos que podrán ser modificados, pero difícilmente anulados. Es evidente que una imagen es una realidad viva en el marco de nuestra psique y que, junto a ella, pueden surgir otras imágenes, sea por yuxtaposición, sea por fusión, y esa conexión de imágenes constituye, con su dosis de emotividad, la trama de nuestro yo peculiar, irreductible al de cualquier otra persona: *omne individuum ineffabile*.

La experiencia psicológica más elemental nos hace ver que querer marcar con exactitud límites a nuestras imágenes resulta imposible, porque nada tienen que se parezca a trozos de algo sólido que puede ser fraccionado. Las imágenes van implicadas hasta tal punto unas en

otras, que la percepción de ciertas sensaciones superficiales como el sonido de una voz, un nombre, pueden hacernos recordar un mundo imaginativo correspondiente a momentos importantes de nuestra vida pasada. Así vemos que muchos recuerdos de infancia que nada representaban en nuestra mente cuando teníamos treinta o cuarenta años, vuelven a revivir después de los sesenta años, y ello con tanta vivacidad emotiva, que se ha podido decir, sin exageración, que la vejez es el retorno a una segunda infancia.

Por otra parte, en el campo de la creación poética la aproximación de ciertas imágenes constituye la belleza de un mundo que es un recreo para nuestra mente. Saber que el sol, bajo el rosal, trenza vibrando sus rayos de oro, o que el agua brota blandamente, perfumada de rosas encendidas, o bien que el corazón del niño es su primer nido, a donde una y otra vez tornan volando sus ilusiones de fe y amor por el ser querido que le dio la vida... Qué duda cabe de que, gracias a la inventiva de nuestra imaginación, no sólo el individuo, sino también las colectividades han creado mundos de ensoñación cuajados de belleza y no exentos de eficacia para ayudar al hombre a vivir. Todo ese mundo de leyendas y mitos no ha sido un simple juego de niños, sino un medio positivo de evasión para desentenderse y, en cierto modo, olvidar algo más que lo que se denomina «prosa de la vida»: arremetidas despiadadas, absurdas, descarnadas y sobradamente cruentas, pues el ser humano ha sido y continúa siendo el mayor depredador de su propia especie.

En euskera la imaginación se expresa por *idurimena*. La imagen es *iduria* y el verbo *iduritu* expresa la idea de imaginarse algo, no sólo por recordación, sino también por suposición. La memoria en cuanto tal, es *oroimena*, y *oroitu* es el hecho de recordar algo del tiempo pasado. En cuanto a la costumbre, el hábito, no sólo para recordar lo que fue, sino también para actuar en el tiempo presente con eficacia, es *oidura*, *oitura* y también *aztura*. La oración, como recuerdo de los que nos precedieron, es *otoitza*, y por *otoi!*, se entiende lo que en ciertas zonas se traduce por *mesedez*, *favorez* —¡por favor!

En una breve pieza poética de Emeterio Arrese dedicada a su amigo y paisano Eduardo Moco-roa, vemos cómo la ocasión del envío es el haber recordado que es el día onomástico del gran músico tolosarra: *bere gorantzza eguna*; y entonces, al igual que el petirrojo, después de haber permanecido quietecito en su nido en la temporada invernal, luego consigue desperezarse para volver a cantar, así la memoria del poeta sale de su letargo para expresarle a su entrañable amigo sus mejores votos de felicidad:

*Negu beltzean egoten oi dan
bezela txantxangorriya,
otzikaraz ta mutu zegoken
nere barrenge txoriya.
Gaur bat-batean txospertu zaidak,
gaur egun zoragarriya,
lengo ixillaren orde z nik orain
abestaldi bereziya (3).*

Ciertos recuerdos pueden constituir, en algunos casos, estados de ánimo cuajados de gran tristeza. Así, el poeta, al hablar de su madre, ya difunta, dice que en modo alguno puede olvidar las últimas palabras que oyó de su boca cuando se alejaba de ella para irse a tierras muy extrañas: «Para mi corazón de madre, al verte marchar tan lejos, ya no habrá más que noche triste y oscura»:

*Maiz burura zait gaixoak neri
azkenekoz muin-egiñik
esandako au: «Seme, bazoaz
amaren aldamenetik...!
Betiko gabaz nere bizitza
estaliko da gaurtandik» (4).*

La noción de semejanza o parecido se expresa en euskera por *antz*, y así el verbo *antzeman* equivale a establecer una semejanza entre una cosa o persona y otras. Si una hija se parece a su madre se dirá: *bere amaren antza dauka*. A su vez, *itxura* expresa el aspecto externo de una persona: *itxura oneko gizona*, «hombre de buen parecido». En castellano el término de hechura significa lo que se ha hecho a la medida del cuerpo de alguien, un traje u otra prenda cualquiera. Pero también se dice, en lenguaje cristiano, que hemos sido creados a imagen y hechura de Dios, recurriendo en este caso a la idea de analogía o lejana semejanza.

Si en nuestro estado de vigilia prevalecen la cohesión y el orden en la sucesión de nuestras imágenes, sujetas a los apremios de la acción, no puede decirse otro tanto de nuestros sueños, ya que se imponen de un modo disparatado, sin que nuestra voluntad tenga la menor posibilidad de reprimirlos. En euskera los sueños se expresan por *ametsa*, pero no se emplea el verbo *amestu*, sino *amets egin*; en cambio se

(3) Emeterio Arrese, *Olerki berrizte (Gaur ire jaya*, p. 33). Itxaropena, 1952.

(4) Emeterio Arrese, *Olerki berrizte (Ama!*, p. 6).

usa muy corrientemente el verbo *asmatu*, sin que tenga nada que ver con los sueños, pues significa recordar muy conscientemente algo, en un sentido de creatividad más positiva que lo que implica *oroitu*. Así, de la inventiva de la imaginación femenina se dice que lo que no se le ocurre al mismo diablo ella lo consigue: *Debruak asmatu etzuen, emaztekiak egin zuen*. Por *asmoak* se entiende ese afán de aspiraciones que nos mueven a superarnos de un modo muy concreto, o también a vislumbrar tan sólo horizontes ilusorios. Emeterio Arrese emplea el término de *amets-irudia* para significar una ilusión que resulta fallida, cosa que le ocurrió a él cuando abandonó su tierra para expatriarse al continente americano: *Etorkizun on bat neukalarik / iritxi mayaz ohea / Euskal-erritik urrundu nintzan / amets-irudiz betea*. En la lejanía tan sólo conoció nostalgia y malestar anímico: *Atsegin ordeaz arkitu ditut / arazo ta naigabea*.

Garay - Aldi - Une

Si nuestras imágenes presentan consistencia en nuestro ánimo es porque ellas van insertas en las categorías del tiempo y del espacio. Si existe la expresión corriente con un valor incuestionable: «cada cosa en su lugar», también decimos «cada cosa a su tiempo», sabiendo que esto último ha tenido una trascendencia histórica en la vida de los pueblos, pues si es cierto que un hombre prevenido vale por dos, de un gobierno bien prevenido puede decirse que vale por cuatro...

Las representaciones mentales que mayor carga emotiva dejaron en nuestra psique son aquellas que luego con mayor nitidez volvemos a recordar en el espacio y el tiempo en que se presentaron. Por ejemplo, para el que ha tenido la gran satisfacción de asistir a un amanecer desde la cumbre del Aitzgorri, ese espectáculo quedará grabado en su mente para siempre. Dos grandes escritores, Domingo Aguirre, en euskera, y Miguel de Unamuno, en castellano, han tenido a gala describir esa visión, verdaderamente deslumbradora, cada cual con su talante peculiar. Aguirre se siente extasiado ante la inmensidad del espacio donde se destacan, bajo los primeros rayos solares, casi todas las cumbres de Euskalerría: *Aitzkorriko bizkarretik ikusten dena exta beste inondik gure Euskalerrian ikusten...* Luego viene la enumeración de los montes que se presentan ante su vista: desde el Gorbea, Oiz y Anboto, hasta Belate, Andia... *eta nik eztakit zenbat geiago, denak ostro berde berriak zeruruntz jasoak* (5).

(5) Domingo Aguirre, *Garoa*, pp. 13-14. Los pueblos y todo cuanto se divisa

En lo que respecta a Unamuno, su mirada se fija también en el fondo lejano, «en la sierra —una verdadera sierra dentada— de los Pirineos; más allá, fuera del alcance de nuestra vista, Francia. Y a la vez que de los valles iban subiendo las nieblas y velándonoslos, iban también subiendo en mi espíritu las nieblas de la Historia, recuerdos vagarosos, desgarrados, de cosas que pasaron antes de que yo fuese». En el bueno de D. Miguel, su yo se antepone al paisaje, dejándose llevar por inquietudes anímicas, dominadas por evocaciones de tiempos pretéritos, no exentos de tragedia: «Oigo subir de lo hondo, del abismo verde en que penan los hombres, un ladrido, y me acuerdo del ladrido del perro de Ibañeta, el que anunció al pastor de Altobiscar la presencia de las huestes de Carlomagno... Y siglos después, desde estas mismas alturas en que soñaba la Historia y la Leyenda, desde este mismo macizo de Aitzgorri avizó Zumalacárregui las huestes de Napoleón para caer sobre ellas...» (6).

Así pues, lo que nos proporcionan el tiempo y el espacio en sus realidades objetivas, resulta tanto más vivo y fuerte, cuanto mayor sea nuestra tensión psíquica, e incluso de las horas de cada día cabe decir que no se presentan de una manera totalmente uniforme, por la razón de que en contadas ocasiones nuestra psique se inserta en ellas automáticamente. Para tener conciencia de la relatividad del tiempo, y también del espacio, no hace falta perderse en laberintos matemáticos siguiendo las trazas de Einstein. En no pocas ocasiones «el tiempo se nos hace eterno», cada vez que no sabemos cómo emplearlo y nos aburrimos soberanamente, por ejemplo, en una estación de ferrocarril si el tren viene con dos horas de retraso... En cambio, nos parece que «el tiempo vuela» si nos hallamos en excelente compañía o estamos absortos en una lectura o un trabajo que responde a nuestras aficiones preferidas. En cuanto al espacio, basta haber subido en un reactor a diez mil metros de altura a una velocidad de mil kilómetros por hora, para tener la impresión de que uno no vuela ni se desplaza, sino que flota. Desde el momento que, en el ámbito atmosférico, desaparecen los puntos de referencia capaces de señalar las distancias, ya no queda más espacio que el que existe dentro del avión.

Existen en euskera distintos términos para señalar el tiempo, con la particularidad de que a la vez significan también el espacio. Por ejem-

en las zonas bajas resultan pequeñísimos, vistos desde la cumbre de Aitzgorri; tan sólo los montes y el Creador de todos ellos, merecen admiración: *Aitzgorri gañetik begiratu ezker, bealdeko gauza guztiak ume-jolasak dirudite. Mendiak bakarrik dira aundi; mendiak eta aien Egille Jaungoiko altsua.*

(6) Miguel de Unamuno, *Por tierras de España y de Portugal (De Oñate a Aitzgorri)*, pp. 126-134, Edit. Austral, Madrid, 1969.

plo, *garaya*, lo mismo que *astia*, expresa un tiempo de duración indefinida: *Zuen artean egoteko garayik badau-kagu*, «para estar entre vosotros tenemos el tiempo que haga falta». En cambio, *aldi* marca un tiempo más reducido, hasta el punto de que, empleado como sufijo, señala lo que ha de durar una acción muy concreta: *itzaldi*, *begiraldi*, *eguraldi*, el tiempo que corresponde a una charla, una mirada, o al aspecto de las horas del día. En cuanto a *une*, equivale a un tiempo más limitado todavía, el momento, el instante. Para la idea de *sazón*, un tiempo más o menos cíclico, existe el término de *aro* que también interviene como sufijo: *zartzaroan*, «en la época o sazón de la vejez». En cuanto a *bitarte* o simplemente *arte*, sirve para expresar una acción realizada mientras dura otra acción concomitante: *Jolasten ari ziran bitartean (artean) erori zan lurrara*, «mientras se hallaban jugando cayó él al suelo».

Todas esas voces, excepto *asti*, valen para significar el espacio. De ahí que aparezcan en la toponimia del país, a veces de manera escueta como nombres de lugar: *Garay*, *Garayoa*; otras veces para señalar la posición elevada de una casa: *Garayko-etxea*, o bien de un poblado: *Garayalde*. El término de *aldi* se convierte en *alde* para indicar los alrededores, lo mismo de una casa, *etxalde*, que de un lugar habitado: *errialde*, *eskualde*. Empleado escuetamente, *alde* significa espacio. Cuando una madre le dice a su hijito *alde emendik* (o simplemente *utikan!*) sabe el chico que tiene que alejarse de ella para no continuar molestandola. Expresión irónica respecto al espacio que debe mediar entre vecinos, es la siguiente: *Aldexko, aldexko, auzo onak izateko*, «demasiado cerquita unos de otros para ser buenos vecinos».

Como sufijo se emplea *une* para destacar a veces un espacio de tanta categoría como el monte *Larrune*, uno de los más bellos del paisaje navarro-laburdino. Por otra parte, en el nombre de *Izaro* (la isla de) se ha vislumbrado escuetamente el significado de isla, «lugar rodeado de agua». Resulta evidente que *arte*, *tarte* significan también espacio en *Etxarte*, *Bidarte*, espacio entre dos casas, entre dos caminos.

El término de *asti* no puede dejar de evocar el de *aste* que hoy se emplea para significar semana. Resulta casi imposible dejar de parangonar *asti* con el término inglés de *last*, que interesa al tiempo en su duración y también como último y fin. Asimismo, *haste*, *hastly*, para los ingleses, concierne al movimiento, la prisa, la aceleración, y es bien sabido que sin el movimiento, en nosotros y fuera de nosotros, careceríamos de las categorías del espacio y del tiempo.

La acción de mover o moverse se expresa en euskera por *igitu*, *mu-*

gitu y también *ibilli*. Moverse en el agua, nadar, es *igeri*, y por *igesi* se entiende escaparse, marcharse de prisa. El término de *laister* expresa prontitud, rapidez, de suerte que *laisterketa* será la carrera, la pugna por correr, para lo cual es casi general utilizar el término derivado del latín *korrika*, con sus *korrikalaris*.

El verbo *ibilli* se emplea para expresar la acción de andar, caminar. Sobre esa raíz de *bil* aparecen los términos de *billera*, *bilkura*, *bildu*, *urbildu*, *billlatu*, con los significados respectivos de reunirse, recoger, acercarse, o sea, implicando siempre la idea de movimiento, pero concretado a hechos bien determinados. Así, las *billeras* eran los lugares de reunión para el baile, algunos de ellos muy rápidos y vivaces, como el *ariñ-ariñ* y, sobre todo, las *biribilketas*.

El verbo *eldu* implica la idea de llegar sin prisa, y *geldi* es ya pararse, dejar de moverse. El andar o moverse pausadamente, así como el actuar sin precipitación, se expresa por *baratxe*. Así, el refrán *Oa laster baretxexe*, equivale al castellano: *A más prisa, más vagar*. También existe este otro refrán: *Lan baratza, lan aratza*, un trabajo lentamente efectuado, resulta mejor elaborado, porque paso a paso se puede ir muy lejos: *Baratxe baratxe, badoa urrun*. Y cuando entre compañeros uno aprieta demasiado el paso, se le dice de broma: *batxe, batxe* (7).

Adimen

Allá donde termina la circulación espontánea de las imágenes, sea por yuxtaposición, sea por fusión, allá comienza una nueva actividad psíquica centrada en un grado superior de análisis y síntesis, entresacando de las imágenes una idea general, aparentemente muy simple, ya que se reduce a connotar lo que pertenece a una serie determinada de objetos que luego designamos con su nombre genérico correspondiente. Por ejemplo, ya no se trata aquí de una rosa o un clavel que tenemos ante nuestros ojos, sino de la flor, con todo lo que somos capaces de diferenciarla de lo que no es ella.

Por otra parte, si en un primer esfuerzo de abstracción nos valemos de las imágenes para aislar en ellas ciertos caracteres sensibles, clasificándolos previa diferenciación, ya en un plano más elevado la mente se evade de esos caracteres sensibles después de haberse valido de ellos. Así, el azul, que es un color muy real y sensible, puede permitirme ha-

(7) Los refranes que citamos en el presente trabajo, los hemos tomado de *Los refranes y sentencias de 1596*, comentados magistralmente por Julio de Urquijo e Ibarra. Colec. «Añamendi», 1967.

blar en abstracto del color en sí, sin que me vea obligado a dar mi preferencia a ningún color determinado. Asimismo, a partir de una o varias superficies coloreadas puedo alcanzar el concepto abstracto de superficie con todas las variedades y leyes matemáticas que constituyen el objeto de ciertas ciencias exactas.

Es evidente que toda abstracción tiende a una generalización, la cual puede promover las más variadas clasificaciones. Dentro de la idea o concepto genérico de árbol, la mente vislumbra las múltiples variedades específicas que existen. Se ha dicho que el euskera distingue mejor las diferencias específicas que los géneros, debido a que expresa directamente lo que nos brinda la naturaleza de las cosas y los seres del entorno. Es posible que haya algo de verdad en ello, pero cabe también ponerlo en tela de juicio, al igual que todo cuanto implica una afirmación demasiado rotunda...

En cuanto a ese trabajo de síntesis general o hipótesis que se ha ido elaborando a través de las generaciones acerca de una representación del mundo, es forzoso que, previo análisis de los hechos llevados a cabo con medios e instrumentos cada vez más apropiados, haya tenido que sufrir rectificaciones constantes. Y es que la razón del hombre ha ido siempre de lo simple a lo más complejo, hasta desembocar, a partir de lo que implicaba exclusión, dualismo irreconciliable, en una lógica de la implicación, gracias a la cual desaparecen los antagonismos en conceptos nuevos que responden más directamente a la complejidad de los hechos. Hablar hoy de materia y de energía, o de cuerpo y de alma, como de «cosas» que se enfrentan, como si fueran realidades irreductibles, resultaría más que aventurado, algo sencillamente ridículo. Allá donde hay materia existe energía, y donde vive un cuerpo orgánico hay psiquismo, aunque sea en un grado elemental. El problema radica en saber hasta dónde llegan las mutuas reacciones e implicaciones, pero pretender establecer fronteras aislantes dentro de la discontinuidad, resulta imposible, pues lo que se persigue es la armonía de realidades aparentemente distintas llamadas a coincidir en una visión global de los fenómenos que se dan en el entorno y en nosotros mismos.

En euskera ha prevalecido el término de *adimen* para significar la inteligencia. Es evidente que *adimen* arranca de *aditu*, «oír», derivado del latino *audire*. El hecho de alcanzar un conocimiento concreto se expresa por *ezagutu*, y *ezaguntza* es el acto previo para aprender, *yakin*, siendo *yakintza* el caudal de conocimientos que entendemos por ciencia.

La idea, en cuanto abstracción mental, se expresa por *gogoeta*, *go-*

gait, *oldozmen*, y lo que no va más allá de una mera opinión o creencia se traduce por *uste*, *sinismen*. El hecho de entender se traduce por *ulertu*, verbo que en nada equivale a un neologismo si nos atenemos al refrán antiguo: *Ulerzalle onari itz gitxi*, «al buen entendedor pocas palabras», equivalente a este otro refrán: *Aditzalle onari itzketak urri*. Y ya para destacar el objetivo que persigue nuestra mente se emplearán los términos de *asmo*, *xede*, *gogo*, etc.

De este último término, *gogo*, dijo Unamuno que le parecía un despropósito utilizarlo para significar el alma, como lo hacen no pocos escritores euskaldunes, ya que su significado se reduce a «ganas», deseo de algo muy concreto. Creemos que *gogo* rebasa lo que entendemos por *nabi* o *gura*, ya que cuando alguien dice *gogotik* o *gogoz* hablando con otra persona, da a entender que lo que ha podido realizar en beneficio de ella lo hizo de muy grado, con lo mejor de su alma. Por otra parte, el verbo *gogoratu* implica una tensión anímica que no encierra *oroitu*; no se trata simplemente de recordar algo, sino de alimentar un recuerdo con auténtica emotividad.

En el siguiente texto de Orixe vemos cómo puede *gogo* utilizarse en su doble significado de alma y deseo o ansia, sin que se preste a confusión alguna:

*Oroitzapena dugu
gogoaren txingi;
berez piztu daroa
ta berez itzali.
Tai bage gogo nuke
pizturik iduki,
asper bage begira
dezon Jainkoari.*

Siendo como es la memoria —*oroitzapena*— una brasa para el alma —*gogoaren txingi*—, es lógico que tengamos el deseo de poseerla muy viva: *Tai bage gogo nuke / pizturik iduki*.

En su poema titulado *Sinets-argi*, Orixe ensalza la virtud de la fe, desconfiando sobradamente de nuestras facultades mentales y sensoriales, las cuales, como perrillos sueltos, se desvían fácilmente de su camino: *Askotan, orde, zentzu ta adimen / dabiltza bide okerrez. / Txakurra lasai, naimenarentzat / Itzai adimena gai ez*. El entendimiento a solas desfallece en el camino de la fe: *Bidea nai dit agertu / Adime-nak, baina... aspertu* (8).

(8) Orixe, *op. cit.* (*Sinets-argi*, pp. 54-63).

Desde un punto de vista, no ya místico, sino soberanamente estético, Goethe alimentaba marcadas prevenciones ante los excesos de las ideas generales, de un modo especial las de ciertos filósofos, con sus sistemas cerrados. El intelectual puro, el hombre cerebral, se convierte en esclavo de unos cuantos conceptos y puede resultar un peligro social, si pretende llevar adelante, por cualquier medio, una idea fija, por ejemplo, la del Superhombre... Para Goethe el pensamiento incluye la acción, pero en condiciones de valorizar todo lo bueno que nos viene de los sentidos: *der sinnliche Denker*. Simplificar las ideas para ver bien las cosas y no menospreciar nunca nada de cuanto nos brinda directamente la naturaleza y, también, los hombres que saben anidar sentimientos nobles en su alma. El mundo es plástico en cierto modo y cuando tenemos confianza en él, adquirimos posibilidades en la «no-sfera» sin desechar nada de cuanto nos brinda la biosfera con todos sus atributos cósmicos. A Goethe le hubiera entusiasmado saber que en una lengua como la nuestra el sol, *eki*, la luz, *egi*, el día, *egune*, la verdad, *egi*, y el ojo, *begi*, coinciden en una sola raíz, destacando que el mundo, en definitiva, con todo cuanto existe en el tiempo y el espacio, vale por la luz radiante que lo vivifica constantemente.

Por otra parte, no creemos ocioso parangonar el término euskérico de *yakin*, «saber», aprender algo muy positivo, con el verbo *ekin*, «actuar», realizar algo valioso, toda vez que el pensamiento, con los conocimientos que implica, viene a ser una actividad noble cual ninguna otra, puesto que se manifiesta en el lenguaje. Mientras el niño no ha adquirido la posibilidad de expresarse verbalmente (palabras-frase elementales, frases propiamente dichas, pasando por sustantivos y verbos diferenciados), se limita a imitar gestos corporales y exteriores. Tan sólo con el lenguaje descubrirá la riqueza de un mundo de realidades auténticas, de un modo especial los seres que le rodean, sus padres y demás personas adultas, aureoladas de una afectividad y prestigio que despiertan en él el «yo ideal», dispuesto a considerarlos como otros tantos modelos a imitar (9).

(9) El estudio del nacimiento y desarrollo de las nociones mentales, así como de los valores morales, desde la infancia, ha sido perfectamente llevado a cabo por Jean Piaget en sus *Seis estudios de psicología*, vers. esp. Edit. Barral, Barcelona, 1970. En la segunda infancia es cuando el niño establece las agrupaciones o grupos, o sea, que entonces las nociones y relaciones dejan de efectuarse aisladamente, constituyendo globalmente organizaciones de conjunto en las cuales todos los elementos son solidarios y se equilibran entre sí. Lo mismo ocurre en el orden social cuando una simple moral de la obediencia hacia los padres se ve completada por un sentimiento de cooperación entre niños, basado en el respeto mutuo. De un modo general, hay respeto mutuo y sentimiento solidario en toda amistad que implica estimación, así como en toda colaboración fundada en cierta forma de autoridad.

Conviene también señalar que para el hombre arcaico el pensamiento, por lo mismo que cree que se encuentra «detrás de la boca», es aliento, viento —*anima, psiqué, spiritus, rouach*, etc.—. En euskera la voz *atsa* corresponde a esa noción «espiritual» de nuestras facultades racionales, y así vemos que el hecho de despertarse cada mañana es recuperar el aliento: *atsarri, atsartu*; el saber alegrarse, *atsegin*, equivale a reavivar ese mismo aliento, mientras que lo que entendemos por disgusto viene a ser quedarse sin aliento: *atsekabe*. La idea de descanso se expresa por *atseden*, lo cual puede alcanzar a la misma muerte como descanso eterno: *Atsedenaz atseden dait*, según reza un refrán antiguo.

Naimen

Lo mismo que la inteligencia nos mueve a buscar la verdad de las cosas, así la voluntad nos induce hacia el bien, no ya de una manera ciega y determinada, sino mediante el discernimiento y el libre albedrío. Para ello, los estímulos nos vienen del exterior, pero la orientación de nuestra vida, con sus hábitos y actos de cada día, depende de nuestra facultad volitiva. De las costumbres adquiridas se ha dicho que constituyen una segunda naturaleza, pero podría decirse que, con los años, vienen a ser nuestra propia naturaleza, pues el hombre maduro es hijo de ellas.

Por lo mismo que la voluntad supera el orden de los instintos, a ella le corresponde orientarlos para marcarles los límites que les corresponden. Cualquier fallo de nuestra voluntad ante el empuje de nuestras apetencias, crea un desequilibrio psíquico más o menos acusado. Del vicio solía decir Dostoievsky que posee una raíz metafísica. Sin ir tan lejos, cabe reconocer que puede tener un origen psíquico, ya que los que se entregan, por ejemplo, a la bebida, lo hacen movidos por ciertos complejos íntimos o situaciones sociales con repercusiones graves para el equilibrio del alma. Lo mismo cabe decir de los excesos o desviaciones eróticas, a no ser que uno resulte víctima de la comercialización del sexo, que hoy, en los medios de comunicación, lo abarca todo.

En euskera la voz *naimen, naikunde*, centradas en *nai, nabi*, parece ser la más apropiada para significar lo que entendemos por voluntad. Mas no por ello deja de implicar la idea de deseo, apetencia, al igual que *gogo, asmo*, etc. Si un niño afirma resueltamente: *amaren ondoan nai dut egon*, es que quiere estar cerca de su madre; pero puede también, valiéndose de *naia*, expresar un malestar físico, en el caso en que ese mismo niño diga: *goranaia daukat*, «tengo ganas de arrojar», o

utilice escuetamente el término de *naigabe*, que corresponde a mala gana, mala disposición, tanto de ánimo como de cuerpo.

Es de hacer notar que con relación al deseo o necesidad de dormir nunca se emplea *lo-naia*, sino *lo-gale* o también *lo gura*. Este último término de *gura*, *gure*, es corrientemente utilizado en zonas vizcaínas. Pero hay indicios de que en tiempos pasados no era extraño incluso al euskera alto navarro. Así, en cierta ocasión en que encontrándome en Leiza en plena temporada invernal, cayó una fuerte nevada, la buena *etxeoandre* de la casa en que yo residía me dio a conocer el siguiente dicho: *elur luze, elur gure*, o sea, que a la primera nevada, por haber sido larga e insistente, le seguirían otras nevadas.

En la versión euskérica del evangelio según San Lucas, Orixe traduce por *asmo oneko gizonai* —(*pax*) *hominibus bonae voluntatis*— el saludo de los ángeles a los pastores en Belén. Resulta perfectamente admisible la utilización de *asmo*, en ese caso, ya que al igual que *nai*, *naia*, tiene aplicación, con el adjetivo *ona*, a las disposiciones positivas que se traducen en la buena voluntad.

Don Domingo Aguirre, al recordar su vida de infancia en Ondárroa, cerca del mar, nos dice el empeño suyo de querer construir castillos con la arena de la playa, los cuales por sí mismos se deshacían:

*Zenbat bider ibilli naiz
ondartzeta bigunian
egin nairik etxetxuak
desegiteko berez.*

Ese término de *nai* vuelve a aparecer en el delicioso poema de Aguirre dedicado a recordar sus años de infancia, cuando podía libremente jugar en la playa y corretear entre las rocas, donde solía ver cómo las olas las cubrían con su blanca espuma, y no pocas piedras se veían obligadas —*nai ta naiz ez*— a rodar, hasta el momento en que pudieran hallar cobijo debajo de alguna peña:

*Zenbat bidar, neu bakarrik
iarririk aitzen gañian
ikusi dot aitza bera
dana zuritzen bitsez,
ta olatuaren indarrak
berunzkuan aitz tartian,
daruazala arriak
biraka nai ta nai ez,*

*geratzen zirala batzuk
arri andien azpian,
beraren laguntasuna
eskatzen ba'lebe lez!*

El poeta se pregunta si la vida, vista desde la atalaya de la edad madura, no se nos presenta, al igual que el rodar de las piedras sobre las rocas por la fuerza de las olas, como una sucesión de revolcones, en medio de los cuales en vano se busca el amparo de una auténtica amistad:

*Itxas ondoko arriak legez
mundian garan artian,
bira-biraka gabiltza danok
lurreko ujol tartian;
eta alperrik ibiltzen gara
laguntasunaren atzian:
ezta, nai arren, zeri eldurik
beti billatzen bidian (10).*

Sabemos que D. Domingo pudo contar siempre con la amistad incondicional de D. Resurrección María de Azkue y que ambos, con una voluntad resuelta y nunca desmentida, pudieron dedicarse a valorizar la lengua de nuestra tierra con una vocación espiritual altamente ejemplar. Si como sacerdotes amaron una «verdad que nos hace libres», como escritores consiguieron alcanzar metas que constituyen jalones imprescindibles en el discurrir de la vida cultural del pueblo vasco, a la cual, por desgracia, no le han faltado ni le faltan pruebas equivalentes a penosos revolcones...

Al hablar de las cualidades físicas de Joanes Artzaia, Aguirre emplea los calificativos de *gogor*, *trinko*, *sendo*, *zaintsu*, *zindo*, *azkar*, etc. De un modo u otro todos ellos reflejan el vigor necesario para mantener un cuerpo sano. De una persona que se halla siempre bien dispuesta para no apartarse del bien, se dirá que es *trebe*, *txotil*, *erne*, *bizi*, *tinko*, *pizkor*, *zuzen*. En cambio, de quien carece de esa voluntad propia que nos permite ser dueños de nuestros actos, se dice que es *nagi*,

(10) Domingo Aguirre, *Itxas-aldian*. Este hermoso poema de Aguirre equivale a una evocación de su infancia a orillas del mar, en Ondárroa; fue publicado en la revista «Euskalzale», año 1898, p. 58, y ha sido reimprimido por el padre Onaindía en su libro-homenaje a Txomin Agirre, *Ondarrak*, pp. 146-148, Gráf. Bilbao, 1964.

«perezoso», *funtsgabeko*, «falto de fundamento», *motel*, «blando», *oker*, «retorcido», *zirtzil*, «atolondrado», etc. Del que tiene poco arranque se dice que siempre anda ajetreado —porque nunca concluye sus trabajos—: *nagiak beti lantsu*. En cambio, del que resueltamente se pone a trabajar, cabe admitir que por el mero hecho de haber comenzado bien su faena, tendrá la impresión de haberla concluido: *asiak egiñak dirudi*.

Para J. A. Moguel, autor de *Peru Abarka*, la gente que frecuenta demasiado la taberna es *baldres*, *zantar*, incapaces de gobernarse a sí mismos. Tampoco el oficio de barbero encaja en la estirpe de los que merecen verdadera consideración. Y es que, no contentos con dedicarse a cortar el pelo y la barba de sus clientes, hacían de sangrador y cirujano, con una ciencia más que elemental y sin la debida prevención y recomendación de los médicos. Esto es lo que *Peru Abarka* echa en cara a *Maisu Jaun*, cuando le dice que, si bien no podemos quedarnos sin la cara bien afeitada, no ocurre lo mismo cuando se trata de sangrar a una persona por su propia iniciativa, corriendo el riesgo de perjudicar al enfermo, en lugar de sanarlo: *Ex diñot nik dongarorik zure biargintza gaiti: gizon biarrak zaree zelan bait: bizarra kendu bage ezin egon geinkez; atera biar da odola gatx askotan, bañan neure ustez, ez ainbes-tetan, zelan ateraten dan; eta nik agindu biar banau, odola ateratia gaiti ez leukee zubek legezkuak diru berezkorik eruan biariko, edo beintzat ez odol-ateraterik egin Osagille nausi. Medikuben izena emoten jakeenak gaisua ikusi, ta onek agindu artian* (11).

Con una gracia y un acierto inigualables, D. Domingo Aguirre pinta en el capítulo VIII de *Garoa* la manera de ser de los *zalduntxoak* —«pollos» pueblerinos—, gente de poco seso —*adimen laburrakoak*—, que se pasan la mayor parte del día sentenciando sobre todo lo humano y divino, sin dejar de «sacar punta» a cuanto por sí merecería cierta consideración o algún reparo: *bañan jakintsu guztien gañetikotzat daukate beren iritzia, ta berak astindu, orreztu ta erabako oi-di-*

(11) J. A. Moguel. En su famosa novela *Peru Abarka*, vemos que Peru ridiculiza, enmendándolo a cada paso, el lenguaje del barbero Maixu Juan. Por otra parte, pone muchos reparos al ejercicio de ese oficio de barbero, por su intervención desaprensiva en cirugía... Mas no sólo los barberos, sino también los escribanos merecieron cierta repulsa de parte de las gentes del pueblo. Al decir de Antonio Trueba, en el Señorío de Vizcaya los escribanos alcanzaban la cifra de setecientos e inventaban toda suerte de pleitos y discordias para vivir: *Es-kribauen egija / Eta andrian negarra / eta ixilla atso zarra...: Guzurra da guztiya*. De León Arroyal es el siguiente epigrama: *Con las plumas se remonta / el águila a los cielos / y el escribano con ellas / se abate hasta los infiernos*. Ver en Gregorio de Mújica: *Destellos de historia vasca*, t. I, pp. 45-50, Colec. Añamendi, número 25.

tuzte agintarien arauak eta jakintsuen auziak. Eztago gauza on bat, erri txikietan, zalduntxoen baimenik expadu (12).

No deja de ser acertada la observación de D. Domingo cuando dice que, para él, la manera de ponerse la boina y de peinarse bastan para establecer un juicio sobre la catadura moral de una persona: *Neri askotan erakutsi dit nor zein dan txapelaren jazkerak eta illien orraztuerak. Bai-ta parre-algara eragin ere.* Luego viene la descripción de las diversas maneras de colocarse la boina, con un estilo sumamente pintoresco. De haber conocido la página jocosa y divertida de Aguirre, el doctor Marañón hubiese dado su asentimiento, ya que, según su observación atinada, en lo que a la mujer se refiere, el calzado y, sobre todo, el peinado es lo que le confiere gracia y feminidad.

Eder

El sentimiento estético dista mucho de ser un accidente trivial en la vida psíquica del hombre. La admiración que podemos sentir ante ciertos objetos o personas que nos atraen, viene a ser un descanso y una fruición para nuestra alma. Nadie duda de que gustar de algo o de alguien admirativamente implica alegría y expansión para nuestro espíritu.

La eficacia de esa actitud expansiva radica en que nos sitúa muy al margen de todo resentimiento e incluso de nuestras ideas habituales, sobradamente utilitarias, que no dejan de provocar cierta desazón anímica. Llega a tanto el beneficio de la fruición estética que incluso ciertos sentimientos de tristeza expresados artísticamente producen honda satisfacción: la *Sinfonía Patética* de Tschakowsky, la *Sonata Apasionata* de Beethoven, el *Vals Triste* de Sibellius y tantas páginas de los grandes románticos, por muy desgarradoras que sean, no dejan de ser percibidas en toda su belleza expresiva.

Los sentimientos valorados por el creador en sus obras, se comunican al público en condiciones de que puede hablarse de «posesión» en el sentido más noble de la palabra. Es evidente que en una sala de conciertos un solo espíritu flota e impera: el de la obra ejecutada y que cada cual sólo pretende captar y saborear hasta en sus mínimos detalles.

En euskera entendemos por *eder* lo que es bello, y *edertasuna* es la

(12) Domingo Aguirre, *Garoa*, cap. VIII (*Gaztakeriak*).

belleza, digna de ser admirada, *ederetsi*. Ese término de *eder* no deja de evocar el verbo *edatu* que indica apertura, ensanchamiento, dilatación, y no cabe duda de que el sentimiento estético consigue ese efecto de abrirnos psíquicamente a la vida como quien ha recibido un tónico de gran eficacia, aunque resulte de efectos pasajeros.

Para expresar lo que es bonito se ha generalizado el término de *pollit*, de origen latino, y muy arraigado también en la lengua *d'Oc* de nuestros próximos parientes de Aquitania. Por otra parte, de una persona que sabe arreglarse y consigue gustar se dirá *apaiñ-apaiña dago*, y, si siendo del género femenino, llama la atención por su parte, se le calificará de *liraiña*. Si se trata de destacar la buena prestancia de un hombre se empleará el término de *lerden*, cuyo significado nada tiene que ver con lo que se entiende por *lerdo* en castellano o por *ladre* en francés.

El término de *artz* también posee un significado positivo en el sentido de lo bello e incluso de la perfección: *Lan baratza, lan aratza*, «trabajo lentamente elaborado, resulta el mejor acabado». También debe tenerse en cuenta el alcance del término de *egoki*, que expresa una realidad bien cumplida.

Es evidente que lo hermoso, lo bello, transforma el alma del que lo percibe y más todavía del que lo crea. Beethoven tenía plena conciencia de que al escribir sus obras inmortales efectuaba «una buena acción», puesto que para muchos melómanos, al igual que lo fue para él, el lenguaje tan noble de su música les ayudaría a vivir, es decir, a superar las pruebas que se suceden a lo largo de una existencia humana.

Si el genio de Bonn era un enamorado de la Naturaleza y sabía entresacar de ese apego acendrado una fuente inagotable de inspiración, lo mismo cabe decir de Goethe, puesto que a sí mismo se clasificaba entre los devotos de la Naturaleza —*Naturfrommen*—. Según él, «cualquier ser viviente es digno de aprecio y admiración, porque, al encajar perfectamente en su estado, es auténticamente real». Ser visual por excelencia —*Augenmensch*—, a fin de poder hablar con veneración —*Ehrfurcht*— del espectáculo del mundo creado, es decir, del «eterno revestimiento de las cosas» —*ewige Zier der Dinge*—, ese fue su afán plenamente logrado en su espléndida vocación poética.

De nuestros grandes pintores, y también de nuestros mejores escritores en lengua vasca y castellana, cabe decir que nos han dejado estruendos palmarios de su fervor artístico por las cosas y los seres de nuestra tierra. De todos ellos podría decirse lo que de Darío de Regoyos, asturiano de nacimiento y vasco de adopción e inspiración, escribió

Luis de Uranzu, a saber, que «se dedicaba a pintar lo que estaba a su alcance y a cualquier cosa le daba una gracia, esa sutil y dulce ingenuidad que contribuyó al encanto de su obra de introductor magistral del impresionismo en España».

Delicada muestra de lo que puede ser el impresionismo en poesía es el siguiente apunte de una joven y malograda escritora de mi pueblo natal, María Juncal Labandibar, al expresar su visión del paisaje a orillas del Bidasoa:

*Quietud. Quietud y silencio.
Ni un gorjeo entre las ramas
ni una súplica en el viento
ni una canción en el río:
En los espacios, ¡un eco!
En el fondo, montes, montes,
casas y árboles espesos.
El verde se ha derramado
en sus matices diversos.
A un lado, el rígido puente.
La torre que llama al rezo.
Al otro, la quieta ermita
sobre el Jaizquibel inmenso.
La isla de los Faisanes,
que cavila sola, en medio,
la barca de un pescador
que yace en lánguido sueño.
Quietud. Quietud y silencio (13).*

Con un lenguaje bien elaborado, dentro de una concisión que no admite ninguna palabra huera, Emeterio Arrese ha sabido expresar su apego a la tierra que le vio nacer, sea que se dedique a hacer llegar su voz a las cumbres de su preferencia o a la misma Euskalerría. El Uzturre que comunica su buena sombra a su villa de Tolosa, merece de parte de él los siguientes versos:

*Uzturre-mendiyaren
gallurrak tontor bi,
bakoitza eziñago
eder, ikusgarri.*

(13) José de Arteche, *Portar bien (La poetisa de Behobia*, pp. 15-20). Edit. Itxaropena, 1957.

*Negu beltzak askotan
jotzen du suminki,
alperrik baña jazar
gaizto zumin ori:
Naiz tximistaz argitu
naiz elurrez jantzi,
Uzturrek oyar alai
kementsua beti.
Arkaitz biyurtutako
zantzu bat dirudi (14).*

Sea que todo el monte se vea iluminado por los rayos o cubierto de extensas nevadas, siempre el Uzturre permanece firme, como un enorme gigantón convertido en roca inconvencible.

Y ya cuando se dirige a Euskalerría, la ve entre mar y monte, salpicada de caseríos dispersos donde vislumbra una vida pacífica, alimentada por la presencia de una cruz que domina el paisaje:

*Ara zein alai dagon
gure sorterría
aritz, pago ta lizar
bikañez jantzia.
Alde bateko mugan
itsas ugaria,
arkaitza jo ta astintzen
bere apar txuria;
saroi oparotsuak
kerizpe geldia,
baseritxoak nunnai
ta munnai pakia;
mendi-gain bakoitzean
txabola txikia,
artalde bat ondoren
gero... gurutzia! (15).*

El regreso del desterrado a su pueblo natal, con un alma abierta a todas las ilusiones, lo expresa un gran escritor vizcaíno, Eusebio de Erkiaga, en el primer capítulo de su libro *Arranegi*, con el mismo acierto con que lo hizo Domingo Aguirre al redactar las páginas dedicadas

(14) Emeterio Arrese, *Olerki berrizte* (Uzturre, p. 57).

(15) Emeterio Arrese, *Olerki berrizte* (Euskalerría, p. 63).

a Ondárroa, en su novela *Kresala*. Era un hermoso atardecer cuando, bajo un cielo límpido, se le presenta el gran paisaje de Lequeitio, percibido con el alma henchida de nostalgia:

Urteak igesi joan dira ordutik...

Egun eder zoragarria izan zan, une aretan amaitu-urren egoan udaberriko eguna.

Ez eban sargorri-antzik bapere izan; aize meetxu batek igurtzia, zeruaren urdiña argi ta garbi, ikusgarri agiri zan. Ozkarbia benetan. Sarri askotan ezin ikusi izaten dogun goi aratz, txukuna, orbanik barik, odei txikienik bage egoan zabal gure buruen gain.

Eguzkia astiro joain etzin guraz, bazter ezkutuatarantz, eta azkenen-goa agurra egin baiño leen, gezi bero ta ziztada goriak jaurtitzen eutsan lurrari.

Erbestetik gure jaioterrira giñoiazan, eta bertara leenbailen elduteko gogo andiz ta irriki bizian gengozanez, gure beribilari indar barri emoteko alegiñak egiten genituan, besterik ezean asmoz ta itzez, beintzat.

Osto ezez jantzirik, berde agiri ziran inguruak; eta zelai, landa ta mendi eze mardulen pozak eta irudi atsegiñak, barruan alako zarrastada gozoa eragiten euskun-ta, gaztezaroko ametsak barriren barri berbizi eta geure buruok ainbeste gogarte barriz eta gomuta zearrez beterazoten euskuezan... (16).

Antes de iniciar la bajada por la carretera de Izpazter se le aparece, desde el alto de Urkitza, su villa natal. Siente entonces la necesidad de detenerse para mejor percatarse de que no es un sueño, sino una feliz realidad lo que vuelve a divisar: *gizabiotz bakoitzak kutunen oi dauan erria, sorterrria, jaioterrria*. ¿Quién puede decir que no ama el lugar de su nacimiento?: *lenengoz agur egin euskun toki bakarra; gure asierako negarrak egin genituan lur zatia; sein-aoko zotin eta inkesak entzun zituan baztarra; leen biziko irribarreak jaso zituan etxe ta zokondo eantzi eziñak...* Recuerda los versos de Elizamburu en que se dice que uno fuera de su tierra se siente como perdido: *Etzetik kanpo zait iduritzen / nonbeit naiezala galdua*. Y lo lógico es ya, en edad madura, desear que el descanso final tenga lugar junto a los que nos precedieron: *Han utziko dut mundua, / galtzen ez badut zentzua*.

Ese es el deseo expresado por un exquisito poeta labortano, Pierre Espil, en su poema titulado *Le doux cimetière*, donde pide a Dios que

(16) Eusebio Erkiaga, *Arranegi*, pp. 7-9, Edit. Itxaropena, 1958.

el camposanto sea para él lugar donde se respire a la vez incienso y buena tierra:

*Mon Dieu! Dormir, un jour, dans un doux cimitière
Qui respire, a la fois, l'encens, la bonne terre,
L'arôme des halliers et des grasses prairies
Et l'odeur du fumier qui vient des métairies.
Sous un de ces tombeaux où court de la volaille,
Dans ce divin jardin dont la paix ne tressaille,
Qu'a la chute d'un fruit sur une inscription
—Humble «De Profundis» des germinations!—
Parmi les jeux ailés des oiseaux étourdis,
Mon Dieu! Mais n'est ce pas déjà le Paradis? (17).*

El poeta idealiza la muerte hasta el extremo de hallar belleza en lo que por sí mismo es desintegración física. Incluso el ciprés, árbol funerario, puede ser objeto de consideración estética. De hecho la capacidad psíquica llega hasta poder dar vida y belleza a lo que carece de lo uno y de lo otro, porque el espíritu, en cualesquiera de sus manifestaciones, tiende a un *sursum* que no admite más dimisión que la desesperación:

*Nire Tabor-mendi: nire
baratz zaarraren antzalda!
egi, mami, biur adi:
leenaren muñak aldatu beza
baratz zaarra baratz berri! (18).*

Maitasuna

Es evidente que el determinismo rige todo el mundo material, ya que, conociendo los antecedentes, se puede prever cuáles serán las consecuencias inevitables que surgirán en el marco de los fenómenos físicos. Nadie puede equivocarse al predecir que cada mañana verá despuntar los rayos solares, ni que la tierra gira sobre su eje cada veinticuatro horas.

(17) Pierre Espil, *Le doux cimitière*. Ver el poema completo en Cuad. «Gernika», núm. 10, p. 2, Janvier-Mars, 1950.

(18) Lizardi, *Biotz-begietan (Asaba zarren baratz)*, pp. 126-135). La transformación o transfiguración que efectúa el poeta, al lado de su *amonatxo*, de un jardín totalmente abandonado, en un pequeño Edén, es de una belleza extraordinaria...

En el ámbito de la psique del hombre ese determinismo absoluto no existe, ya que de nuestro albedrío personal depende el escogimiento de los medios que contribuyen al desarrollo de nuestra personalidad. En cierto sentido, el temperamento, la educación, las relaciones sociales influyen en nuestra conducta, pero nunca tales presiones se imponen en condiciones que anulen nuestra libertad, con sus opciones para actuar en un sentido u otro. Cuando a un joven se le reprocha su mala conducta y contesta con desfachatez: «yo hago de mí lo que me da la gana», descubre a las claras que es él el responsable principal de sus actos, haciendo que las contingencias de su vida contribuyan a satisfacer lo que le «viene en gana».

La afirmación de Sócrates de que la virtud es ante todo cuestión de discernimiento y ciencia, resulta válida, ya que, en definitiva, la idea central que cada cual abraza acerca del valor de su propia existencia, es la que marca una orientación determinada a todos los actos personales de cada ser humano. Según Aristóteles, toda virtud debe situarse en un justo medio, evitando cualquier exceso, sin que por ello se ignore la ley de la magnanimidad, que es la que nos permite alimentar esa buena fe sin la cual no puede haber relaciones sociales de ningún género. Tan sólo cuando la vida se desarrolla bajo el control de uno mismo, en proporciones bien establecidas, puede decirse que resulta bella y feliz. El sentido de la «belleza moral» lo alimentaron los sabios de la antigüedad clásica, sabiendo que el hombre es ante todo el artífice de su propia alma.

Los estoicos propugnaron los sentimientos de filantropía que deben tratar de armonizar las vidas individuales en un concierto general de entendimiento y de paz. Lo humano, para cada hombre, no es replegarse en sí mismo desentendiéndose de los demás, sino prestar atención y afecto a los que nos rodean, sabiendo que un mismo Espíritu se halla en la raíz de nuestras individualidades; moviéndonos a comunicarnos, con nuestras palabras y obras, para el bien. «Soy hombre y nada de lo que sea humano me puede dejar indiferente», fue el axioma de los estoicos, y, consecuente con ese principio, el emperador Marco Aurelio pudo decir: «En tanto que pertenezco a la dinastía de los Antoninos, mi ciudad y mi patria es Roma, pero en cuanto hombre pertenezco a la humanidad entera».

En el lenguaje cristiano esa solidaridad humana se expresa en la virtud de la caridad fraterna que, por desgracia, dista mucho de haber prevalecido en las distintas confesiones religiosas, a pesar de que en el Evangelio se afirma una y otra vez que la fe sin obras es letra muerta. El axioma central de la enseñanza de Jesús y de sus discípulos

es que el mal tan sólo puede ser vencido con el bien: *vincere in bono malum*. Si los pacíficos «serán llamados hijos de Dios», es porque, en lugar de dedicarse a crear enemistades, se inclinan en todo momento a practicar obras de justicia y de misericordia en favor de los que padecen hambre, se encuentran enfermos, sufren persecución, etc.

Todos los males que padece la sociedad son otras tantas derivaciones de nuestro amor propio mal entendido, esa hipertrofia de nuestro yo enfrentado, por cualquier pretexto, con el de los demás hombres, aunque sean de la misma familia, nacionalidad o credo religioso. No es de extrañar que la sabiduría del Maestro se centre en «la pureza de corazón». El ejemplo del Samaritano que se inclina y compadece con el que sufre, cuando los levitas y sacerdotes pasan de largo sin preocuparse de él, es sobradamente elocuente para dar cuenta de una enseñanza que, antes que nada, exige integridad interior, sentimientos puros para ver en el prójimo al hermano, y ello tanto más cuanto más desgraciado sea.

En un euskera límpido como la misma enseñanza de Cristo, Orixe nos proporciona la siguiente versión del relato evangélico: *Artan, altxa zan lege-gizon bat eta au galdegin zion zer-atera: «Maisu, zer egin bear det betiko biziaren jabe izateko?» —«Legean zer dago idatzirik? erantzun zion. Zer irakurtzen dezu?» —«Maiteko dezu zure Jaun eta Jainkoa, erantzun zion, biotz osoz, anima osoz, indar guztiz eta adimen guztiz; eta lagun urkoa zerau bezela.» —Ederki erantzun dezu, esan zion Jesus'ek: egizu ori ta biziko zera: «Eta nor da nere lagun urkoa?» Jesus-ek orduan esan zion Gizon bat, Jerusalem'dik Jeriko'ra jeixtean, lapurren eskuetan erori zan. Erantzi zuten, zauritu, eta alde egin zuten, erdi-illean utzirik. Ain zuzen, apaiz bat zijoan bide artatik, ikusi ta saietsa emanetz, aurrera egin zun. Orobat Lebi'tar batek, bide beretik zijoala, ikusi, ta ixkiñ egiñez, alde egin zun. Baña Samaria'r bat, bidez zijoana, ondora zitzaion, eta ikusita kupitu egin zan. Makurturik, zauriak lotu zizkion, zaurietan olio ta ardoa ixuriz; igo zun asto-gañera, eraman zun ostatura, ta an zaitu zun. Biaramonean, bi denario aterata ostalariari eman zizkion esanaz: zaitu ezazu, eta ortik aurrera gastatzen dezuna, nik ordainduko dizut. — Oietan zein uste dezu lapurren eskuetan eroriaren lagun urkoa izan zala?» —«Artaz kupitu zana» erantzun zion.» Zoaz, esan zion Jesus'ek, eta egizu beste oinbeste» (19).*

En su *Gero*, nuestro Axular tiene nada menos que once capítulos dedicados a denunciar cuanto en el alma del cristiano se opone a la

(19) *Itun berria*, por Orixe-Kerexeta-Zugazti (*Samaritar ona*, p. 158). Graf. Izarra, 1957.

valoración del amor incondicional, sabiendo que todo movimiento de encono o ira, siempre irracional, debe ser desechado cuanto antes: *Gauza ona da koleraren lehenbiziko narrimenduari, mugidari eta abiadurari begiaren edukitzea, azi haren oxiztetik, sortzetik eta bibitetik begiratzea*. Citando a San Juan Crisóstomo, mantiene la tesis de que el hombre actúa en beneficio propio y de los demás cuando sigue las luces de la razón, mientras que si nos dejamos llevar por la porción de nuestro ser, de estirpe bestial, nos veremos irremediabilmente conducidos al mal: *Propterea enim, quidem, secundum rationem vertitur; caro, vero, invertibilis in passione tenetur*.

Las tendencias ciegas que ignoran el camino del bien, Axular las denomina *begigoak, irakudiak, bidugoak, gorrotuak, korromioak, herarak*, desde los movimientos elementales de incomprensión hasta la obcecación y el odio más brutal. Una y otra vez repite el bueno de Axular que para el cristiano no hay más distintivo que el amor de condescendencia y complacencia, como vocación impuesta por las enseñanzas de Cristo: *In hoc cognoscent omnes quod discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem* (Joan. 13).

Resulta extraño e inconcebible que una obra de tanta enjundia espiritual como el *Gero* de Axular no haya llegado a moldear la mentalidad del cristiano en nuestro ambiente y que, en estas dos últimas centurias, haya sido el espíritu despiadado de bandería lo que ha prevalecido entre nosotros, sin excluir al clero, salvo honrosas excepciones, como D. Domingo Aguirre, autor de una magnífica pieza poética *Ai Balekite!*, inspirada en el texto evangélico: *Et in terra pax hominibus bonae voluntatis*:

*Ai, balekite mundu guztian zein duzun Aita
ta zure ondoren zuk dekarzuzan mesede andiak!
Elitzatezke inola izango gizon ta erriak
gaur diran baizen doaikabe ta errukarriak!*

Si nos percatáramos del origen divino de la paz y de todos los bienes que se derivan de ella, ni los hombres ni los pueblos —incluyendo el nuestro— serían tan desgraciados y dignos de lástima... (20).

Muy dignas de atención son también las estrofas que Emeterio

(20) Ver todo el poema de Domingo Aguirre, *Ai, balekite!*, en el cual hace el recuento de todas las calamidades que traen los odios y las guerras, en contraposición a los beneficios que se derivan del don divino de la paz: P. Onaindía, *Ondarra*, pp. 141-145. Fue publicado en la revista *Euskalzale*, 1897, pp. 266 y ss.).

Arrese, auténtico *olerkari*, de alma noble, tiene dedicadas a denunciar las enemistades cruentas que sobradas veces han llegado a prevalecer entre los vascos, muy al margen de su condición y exigencias de cristianos:

*Mundu'tar denoi orrenbeste latz,
ixtillu t'arazo larri
zer dela bide sortzen zaizkigun
ez degu nunbait ikasi.
Egiñalean Ama-Gentza'ren
deya karraxika dari,
gu berriz gero t'areago zail,
entzungor eta liskari.
«Nion, i gaizto», auzi orretan
bata - bestearen griña
biziro zorrotz darabilgu-ta
azkenerako jakiña:
aserre oyes, irain, gorroto,
alkar ikusi eziña...
Beste kokuak joko liguke
gizonak gizon bagiña.
Aburu onik besterentzat ez,
auzoko baratzan usai
txarra, gurean susne gozoa;
gezurra egiz jantzi nai.
Esamesa ta zakarkeria
egunoroko jardungai;
oartzen ez guk lei ori danik
geon buruaren etsai.*

En esas tres estrofas denuncia Arrese nuestra actitud de repulsa ante las exigencias de la paz, a pesar de que su voz nos llegue como un clamor: *deya karraxika dari*. Tan sólo prestamos atención a lo que nos enfrenta unos a otros en situaciones difíciles de superar: *latz, ixtillu t'arazo larri*. Ese maniqueísmo práctico que sólo busca antagonismos: *Ni on, i gaizto*, hace que surjan rivalidades, odios que nos sitúan al margen de todo sentido de humanidad: *Beste kokuak joko liguke / gizonak gizon bagiña*. Es tanta nuestra ceguera en ese camino de perdición: *esamesa ta zakarkeria*, que no queremos darnos cuenta de que somos las únicas víctimas de ese mal entendimiento: *oartzen ez guk lei ori danik / geon buruaren etsai*.

A falta de sentimientos humanos, muy propios de quienes deberían

ser cristianos, Arrese nos invita a considerar la brevedad de la vida, para que no resulte dura, salvaje y ciega: *burtzoro gera, lezetar, itxu, geon kaltez aĩñ abere*:

*Amaya laister! ...Egi au maita
bagendu, egiz aiskide,
gure artean jazar-biderik
egundaño ez litzake.
Aundiki eta txiker, guziok,
begira zagun «gerora»,
munduko bizitz ezberdiñaren
mallarik ez dan altzora.
Olerkari zar ospetsu batek
esandako au gogora:
Ibai, erreka, aundi ta txiki,
ur guziak itxasora (21).*

* * *

En el terreno, no ya del amor incondicional, de alcance universal, sino dentro del afecto particular que une a dos seres de distintos sexo, sólo cabe reconocer que en el hombre, en contra de lo que ocurre en el reino animal, las manifestaciones físicas corresponden al amor total, como expresiones de una verdadera entrega. Desvalorizarlo hasta el punto de no ver en ese amor más que un simple fenómeno fisiológico, no deja de ser una aberración. Lo puramente mecánico no encaja en el amor humano.

Cierto es que durante mucho tiempo tan sólo se ha admitido que las expresiones del amor conyugal tienen como objetivo único la procreación. Sobre este extremo, el cardenal y teólogo Jean Danielou escribe lo siguiente: «Existe hoy una teología del amor y de la sexualidad que es una de las grandes adquisiciones de la teología contemporánea, habiéndose desarrollado un concepto del amor como expresión del intercambio recíproco y condición del desarrollo afectivo del individuo. Se trata de un punto de vista muy positivo y que contribuye a favorecer el afianzamiento de muchos matrimonios cristianos que se desenvuelven en un ambiente mucho más comprensivo y humanizado que en los tiempos en que prevalecía la idea de un amor «burgués», muchísimo más formal. Esta nueva posición ideológica no implica que se ad-

(21) Emeterio Arrese, *Olerki berrizte (Ario makurra*, pp. 97-101).

mita la degradación de la sexualidad, cual se da en no pocos centros de explotación pertenecientes a la sociedad en que vivimos» (22).

De hecho, lo que cuenta en la vida conyugal es eso que llamamos afectividad y ternura y que ni en tiempos pasados, debido a un rigorismo excesivo, ni en los momentos actuales, por obra de los grandes explotadores del vicio, ha adquirido carta de naturaleza con toda la riqueza psicológica que encierra. La pasión, al margen de las múltiples manifestaciones de cariño, no vale nada; es la razón por la cual las pobres criaturas que por oficio viven del comercio sexual, dicen que sus clientes van a buscar en ellas «todo menos el amor». En ese terreno de la verdadera afectividad las satisfacciones psíquicas cuentan tanto o más que las de carácter fisiológico. Incluso podría decirse que no puede establecerse una frontera entre unas y otras, porque tanto pertenecen el alma como al cuerpo. Por otra parte, es de sobra sabido que, en la rutina de la vida conyugal, lo único que puede avivar la llama del amor es esa gran comunicación afectiva, cuya expresión no se reduce a la pasión, sino a múltiples manifestaciones de delicadeza en las palabras y ciertos gestos de amabilidad que poseen en sí mismos un valor intrínseco.

En euskera, por *maitasuna* se entiende actualmente el amor, aunque en tiempos no lejanos era más frecuente utilizar en ese sentido la voz *amodioa*. No sólo Axular, sino también Iztueta se vale de ese término en su hermosa ofrenda a la ciudad de San Sebastián, de su celebrado libro *Gipuzkoa'ko Dantza Gogoangarriak: ...zue zoriekeko etorkiarekin jaioterriko biztanle doatsuetara dezun amodiozko naitasun bero, bizi, gartsua*. Se trata del amor indefectible que la ciudad de San Sebastián profesó a sus habitantes, sin excluir los momentos atroces en que se vieron reducidos a las más trágica miseria, después de la penetración de las tropas que debían de haberla liberado: *Igaro diraden denbora guzietan beti eman izan duzu aditzera biotzetik txit anitz maitetuzula zure ume gogoberatiak* (23).

Como nombre propio, Maite, sin excluir sus diminutivos, ha hallado buen eco en cuanto nombre de pila femenino, y también en la inspiración de compositores y cantores, como Pablo Sorozábal, Luis Mariano y Charles Colin, éste último autor de la ópera *Maitena*, estrenada en Bilbao en 1909, siendo autor del libreto el poeta Etienne Decreet.

(22) Cardinal Jean Daniélou, *Mémoires*, p. 207, Edit. Stock, Paris, 1974.

(23) Juan Ignacio Iztueta, *Guipuzcoaco Dantza Gogoangarriak*, pp. 30-31. Edic. «La Gran Enciclopedia Vasca», Bilbao, 1968.

En zonas vizcaínas el término de *laztan* posee tanta resonancia afectiva como *maite*, *maitia*. Cuando una madre, con una ternura cálida, le dice a su hijito: *Nere lazтана!*, lo hace con todas las fibras de su corazón. Y es que el significado de *lazтана* alcanza todas las expresiones de ternura, caricia y cualquier otra manifestación afectiva:

Maitetxoarentzat
laztan naiz oro
Begiak,
ezpañak,
bularrak.

Maitetxoarentzat
arrunt
naiz
laztan (24).

Lo cual equivale a decir que, con el ser amado, uno se funde en la ternura, en expresiones afectivas que responden al ser entero.

El sustantivo *maitekeri* no llega a significar esas demostraciones afectivas con tanta propiedad como lo da a entender *laztan*, pues ya el sufijo *keri* tiende a rebajar el nivel de la afectividad, cosa que el siguiente refrán, refiriéndose a *laztan*, también lo hace: *Lazтана ta epea? Lausindu ta kaltea*. No cabe duda de que, al considerar el beso y el abrazo, como algo nocivo, casi pecaminoso, nos hallamos ante un concepto primitivo de la afectividad humana. En cambio, para Orixe, incluso en nuestras relaciones con la Divinidad, cabe vislumbrar simbólicamente *musu lazтанak*, «besos amorosos», que despiertan la fe, en la gracia del bautismo y en la venida del Espíritu Santo, el día de Pentecostés

* * *

En opinión de don Telesforo de Aranzadi, predominan en el folklore musical vasco las melodías de carácter amoroso, ya que «apenas se han conservado ligeras reminiscencias épicas». Si la letra de las melodías «es más bien trivial, esto no es peculiar del vasco, sino un hecho general folklórico», pues que «la letra no sirve más que de pretexto para cantar». Por otra parte, según el señor Aranzadi, «por hallarse muy extendido el don de la improvisación entre los vascos, se comprende que no haya sido posible una profundización real» (25).

(24) Javier Azurmendi, *Maitetxo*, Olerkiak, p. 117, San Sebastián, 1974.

(25) Telesforo de Aranzadi, *Etnología vasca*, p. 85, Colec. Auñamendi, número 106, 1975.

No hay que olvidar que el improvisar en verso, en tiempos pasados, era lo propio de personas incluso de las clases encopetadas, ya que en pleno siglo XV no dejaban de hacerlo la dama Usoa de Alós, de Deva, y la señorita de Lastur, hermana de la honorable Milia de Lastur, casada en Mondragón con Peru García de Ochoa. Pero conviene tener presente la advertencia de don Manuel de Lecuona, y es que, si bien todo el pueblo vasco siente el bersolarismo, los que saben cantar, es decir, los que saben improvisar decorosamente, constituyen una reducida minoría.

Del famoso hijo de Barkox, conocido por Etxaun, dice Yon Etxaide que, además de *bersolari* fue poeta y no de los peores: *bertsolari edo neurtizlari ez-eze, olerkari ere izan gendun eta ez nolanaikoa gaiñera...* Si pudo dar a sus versos amorios un acento no exento de dramatismo es porque tuvo una existencia muy azarosa, conociendo la vida de presidiario, por motivos más graves que los que provocaron una sanción semejante en Juan Ignacio Iztueta, hijo de Zaldibia. Durante sus años de cárcel inquisitorial en Logroño, añoraba a la que luego hubo de ser su esposa, *Kontxexi*, objeto de sus más encendidos versos. Le dice que, aunque de lejos, se le aparece ella con su mirada que es todo luminosidad; pero una luz que, para su dicha, no puede apartar de su alma, así como su porte, que vale más que todo el oro del mundo:

*Maite bat maitatzen det maitagarria,
begi ederra du ta guztiz argia;
daukat urruti,
bañan ezin kendu buruti;
aren itxura
saldu al-ba'liteke pisura,
urriaren truke
nork erosi faltako ez luke (26).*

También el donostiarra Bilintx y el labortano Elizamburu se inspiraron en la mujer para dedicarle, sin trivialidad y con acierto, hermosos versos cuajados de galanteo. En ese sentido, tampoco anduvo a la zaga Joxe Mari Iparraguirre en varias de sus canciones amoriosas, siendo una de ellas la que dedicó a una damita donostiarra, objeto de su más rendida admiración. El valor de su letra y música ha quedado plenamente sancionado por el pueblo euskaldun que, en muchas ocasiones, repite a coro el *Ume eder bat*, con todo el sentimentalismo que encierra:

(26) Ver en la obra enjundiosa de Yon Etxaide, *Amasei seme Euskalerriko*, los capítulos dedicados a Etxahun, Elizamburu, Iztueta e Iparraguirre.

*Ume eder bat ikusi nuen
Donostiako kalean,
itz erditxo bat ari esan gabe
nola pasatu parean?
Gorputza zuen liraña eta
oñak zabiltzan aidean;
pollitagorik ez det ikusi
nere begien aurrean (27).*

Cualesquiera que sean las circunstancias en que surja el sentimiento que une a dos personas de distinto sexo, una sola ley se impone para que perdure tal afecto. Esa ley de permanente duración la expone el doctor Gregorio Marañón con las siguientes palabras que tienen, a no dudarlo, valor de auténtico diagnóstico: «Cuando se busca el origen de esas profundas simpatías, en hombres y mujeres, se llega siempre a la conclusión de que brotan de un manantial que es, invariablemente, el mismo: la generosidad. Otras cualidades, físicas y morales, pueden contribuir, como afluentes del río, a su formación; pero sin generosidad no hay atracción permanente y de eficacia profunda en las personas».

El celebrado escritor francés, Antoine de Saint Exupéry, en breves palabras viene a enseñar lo mismo cuando dice que «dos seres llegan a amarse de un modo auténtico y verdadero, cuando ambos consiguen mirar a la vez en una misma dirección». Esa coincidencia en el mirar hacia metas que alcanzan la entraña de la vida crea la fusión de las almas y de los cuerpos. Aquí también el término euskérico de *begiramen*, centrado en *begi*, *egi*, «mirada», «luz», nos permite intuir una disposición psíquica que, afianzándose en el respeto mutuo y la plena consideración, conduce a la fusión afectiva en la plenitud físico-espiritual.

* * *

Al término de este ensayo nuestro de filosofía ilustrada a través de un cierto número de vocablos euskéricos, nos damos perfecta cuenta de que un trabajo de este género necesitaría un desarrollo mucho más amplio, con una dedicación, no ya de semanas, sino de meses y de años de estudio. Sus efectos, a no dudarlo, serían muy saludables para encauzar la mentalidad de nuestras gentes por senderos más positivos

(27) Todos los cantos de J. M. Iparraguirre, con su letra y música, aparecen en la magna obra del doctor Antonio Arrillaga Arriola: *Lo que se ha dicho de Iparraguirre*, pp. 621-671. Edit. de la Junta de Cultura de Vizcaya, Bilbao, 1967.

que ciertos materialismos, muy en boga, mal entendidos, y que tan sólo pueden producir estancamiento de la mente y demás facultades humanas.

Para adquirir un conocimiento cabal de nuestra naturaleza, se requiere, ante todo, ordenación en las ideas, una visión de conjunto acerca de nuestra naturaleza físico-espiritual, no ya como algo estático, sino bien inserto en el espacio y el tiempo en que nos corresponde vivir: «Nadie puede desentenderse de un mínimo de reflexión personal con miras a establecer una estrecha solidaridad entre nuestra vida interior y la civilización a que pertenecemos, haciendo que nuestro espíritu se abra al Universo en ese desarrollo nunca interrumpido y mediante el cual nuestra especie se realiza, renovándose en cada generación, con la ilusión de que obedece a las instancias de una gran promesa» (28).

(28) León Brunschvicg, *Introduction a la vie de l'esprit*, p. IV, Paris, Alcan, 1932.